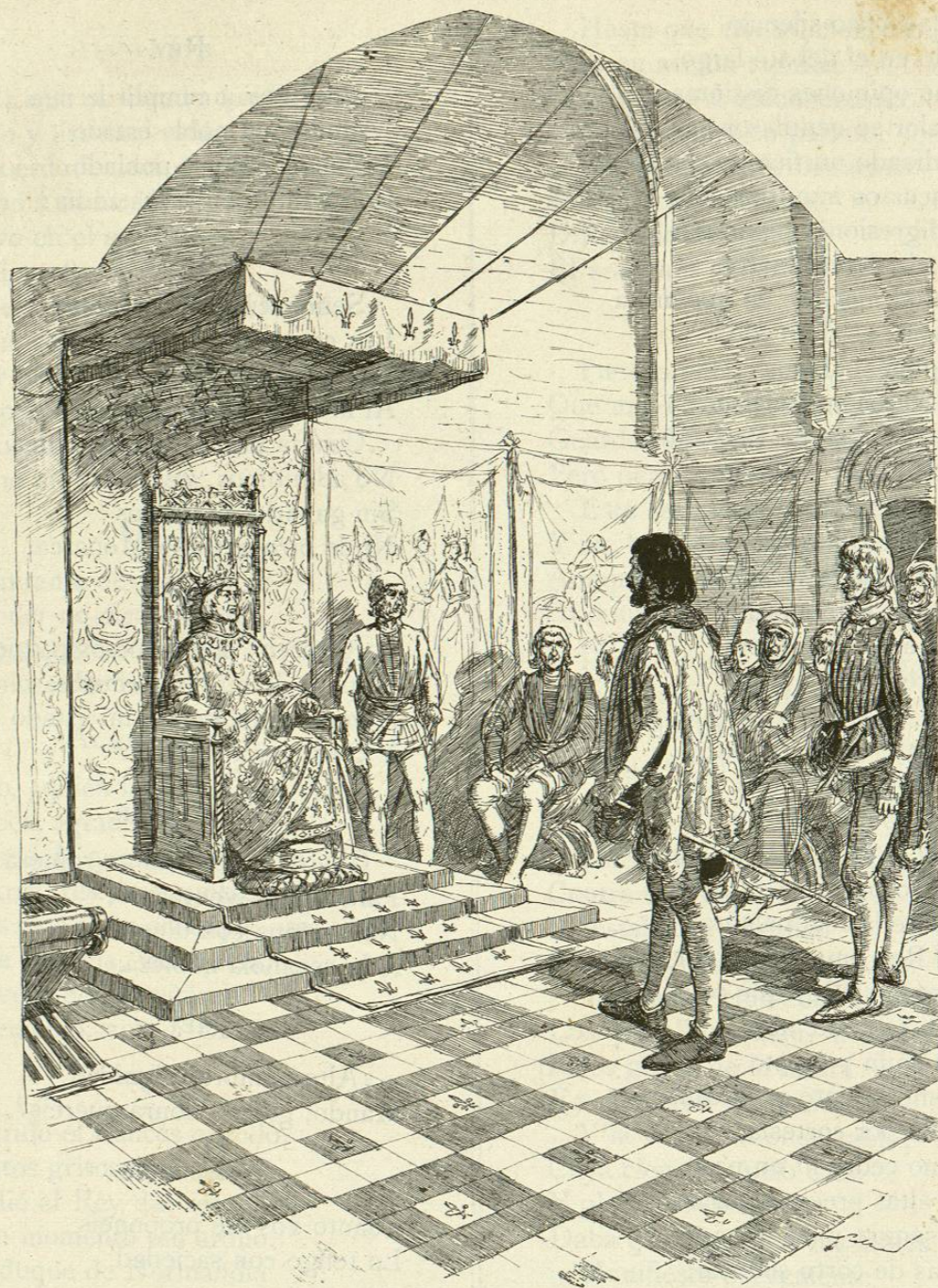
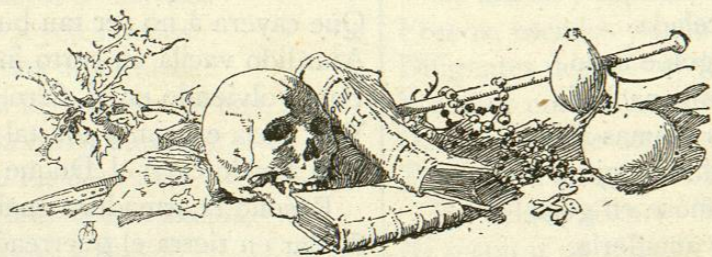


»Afortunado triunfador, yo empeño
Mi palabra real, mi nombre augusto,
Ya que del hijo, que idolatro, dueño
Os hizo en esta lid el cielo justo,
De daros de su vida en desempeño
Cuanto anhelar pudiere vuestro gusto.
Pedid, pedid, satisfaceros fio,
Y guardad como prenda el cetro mio.»

Oyéndolo, suspende la venganza
El Almirante noble, y el cuchillo
Tirando, el cetro con respeto alcanza
Del polvo, que ofuscaba su alto brillo.
Saluda al Rey con plena confianza,
Monta gallardo y grave en el tordillo,
Y deja del estadio los confines
Saludándole trompas y clarines.



VII

EL RESCATE

Rey que palabra non cumple
Non debía de reinare
Ni cabalgar en caballo
Ni espuela de oro calzare.

Cancionero.

El rey de Francia en su trono
Servido está y circundado
De príncipes, duques, pares
De su reino dignatarios.
Y con ellos gravemente
Trata sobre el grave caso
De la vida y del rescate
Del Príncipe desdichado;

Del duque de Normandía,
Que aun convaleciente y flaco
De la herida peligrosa
Y del golpe del caballo;
Del dolor del vencimiento
Y de haber visto rodando
Por el polvo sus blasones
Y su noble escudo en blanco;

Melancólico silencio
Guardó en el debate largo,
En que opiniones distintas
Con calor se ventilaron.
Perdiendo un tiempo precioso
En discursos muy peinados
Y en digresiones pomposas,
Que nada determinaron.

Y en el instante en que ardía
Más tenaz el altercado,
Al aragonés Aldana
Los maceros anunciaron.
Con el duque de Brabante
Entra el español bizarro,
A los nobles Consejeros
Justo respeto inspirando;

Y al duque de Normandía
Tal horror y sobresalto
Que de azufre se dijera
Su rostro desencajado.

Serio, grave, y comedido
Entra en el salon despacio,
Y con dignidad saluda
Al augusto soberano.

Lleva la espada en la cinta
Y el cetro puesto á su lado,
Prenda de la real palabra
Que el Rey empeñó en el campo.

Ruégale el Rey que se cubra,
Y en un taburete alto
Con su cojin y tapete
Que tome asiento y descanso.

Hízolo por cortesía,
Y por no ceder ni un paso
En las altas preeminencias
De su sangre y de su cargo.

Y tras de corto silencio,
Muestra de mutuo embarazo,
De este modo el Almirante
Y el Monarca egregio hablaron.

REY.

Almirante de Aragon,
De vos no estoy olvidado
Y habeis á verme llegado
En oportuna ocasion.

Tratábamos justamente
Yo y mis fieles consejeros
La manera de ofreceros
Un rescate competente.

ALMIRANTE.

Nunca lo dudé, señor.
Cuando se da una palabra,
Hasta que se cumple, labra
El pecho donde hay honor.

REY.

Pues voy á cumplir la mia.
¿Admitís un noble estado
Fecundo, rico, y poblado
Con castillo en Normandía?

ALMIRANTE.

Señor, cuando deseamos
Los españoles tener
Estado que poseer,
Al moro lo conquistamos.
Cuanta tierra el cielo abarca
No admitimos, vive Dios,
Sin ganarla, ni de vos
Ni de otro extraño Monarca.

REY.

¿Quereis, pues, que os pague en oro
El peso de mi hijo armado,
Aunque empobrezca mi estado
Y consuma mi tesoro?

ALMIRANTE.

Guardad, Rey, tanta riqueza
Para algun aventurero;
No se gana con dinero
A la española nobleza.

REY.

¿Alto nombre, dignidad,
Mando, gloria, honra quereis?...

ALMIRANTE.

Cuanto vos me proponeis
Lo tengo con saciedad.

REY.

Si pudiera mi corona
Daros, con ella os brindara.

ALMIRANTE.

Puede que no la aceptara,
Aunque el ser vuestra la abona.

REY.

Con que cuanto digo es vano,
Y me confundo y me aflijo
Al ver que esté de mi hijo
La existencia en vuestra mano.
Pedid, ¿por qué os deteneis?...
Pedid sin tino y medida,
Y pedidme hasta mi vida,
Pues mi palabra teneis.

ALMIRANTE.

Pido que su escudo quede
Blanco y liso cual está,
Y recuerdo le será
De que á nadie pisar puede.
Y yo en el escudo mio
Las cinco flores de lis,
Que le arranqué en San Dionís
Y gané en el desafio,
Por blason he de llevar;
Para perpetua memoria
En que asegure la historia
Que no me dejé pisar.

REY.

Almirante de Aragon,
Mi poder no alcanza á tal,
¿Sabeis que escudo real
Esas flores de lis son?

ALMIRANTE.

Eso, ¿quién lo duda?... ¿Quién?
Y debeis agradecer
Estarme de que no os pido
Vuestras tres lises tambien.
Las cinco que arranqué, vos,
rey de Francia, me dareis,
O al vencido entregareis
Sin remedio, voto á Dios.

Herido el francés orgullo,
En altos gritos tronando,
Impidió al Rey dar respuesta
En un momento tan arduo.

El duque de Normandía
Brama ronco y despechado,
Y con el pié duro rompe
Las tersas losas de mármol.

Y no falta en el consejo
Quien cometa el desacato
De llevar hácia la espada
Con ciego furor la mano.

Aldana de pié se puso,
Cruzó en el pecho los brazos,
Y con semblante tranquilo
Desprecia aquel arrebató;

Como desprecia el escollo
El furor del Oceano,
Del huracan el empuje,
Y el embate de los años.

Confusion horrible reina
En el Consejo de Estado,
Todos hablan, nadie escucha,
Perplejo está el Soberano;

Hasta que con gran reposo,
Pero en acento tan alto
Que impuso á todos silencio
Y que retumbó en palacio,
Por el duque de Brabante
Sostenido y apoyado,
Dijo decidido y firme
El aragonés gallardo:

ALMIRANTE.

Pues la palabra, señor,
Que me disteis, no cumplís,
Guardad las flores de lis,
Pero perded el honor.

Este cetro es prenda mia,
Y me lo llevo, y con él,
Aunque lo escude el dosel,
Al duque de Normandía.

Dijo, y tornó las espaldas,
A marchar determinado,
Pero el duque de Brabante
Le detuvo por el brazo.

Nuevo rencor se levanta
Contra el Almirante bravo,
Y restablecer el órden
No consigue el Rey anciano.

Mas como eran caballeros
Los que allí estaban, al cabo
A los gritos de la honra
En despertar no tardaron.

Y la voz del Condestable,
Cuya ciencia y pelo cano
Y gloriosas cicatrices
Daba gran fuerza á sus labios,
Manifiesta brevemente
Que habiendo el Rey empeñado
Una palabra, cumplirla
Era justo y necesario.

Que estaba el potente cetro
Al cumplimiento empeñado,
Y que no habia de perderse
En las extranjeras manos;

Que la honra, no eran las lises,
Fuesen veinte ó fuesen cuatro,
Sino cumplir las palabras
Y atenerse á los contratos.

Estas razones sesudas
Del esclarecido anciano,
El tumulto y alboroto
Mudo silencio tornaron.

Silencio que al punto rompe
El Rey, el rostro bañado
De lágrimas de despecho
Que sus mejillas quemaron.

Y prorumpe de este modo,
Hecho el corazon pedazos,
Y con voz trémula y honda,
Que era doloroso el paso.

REV.

Almirante de Aragon,
Las cinco flores de lis
Ganadas en San Dionís,
Os concedo por blason.
Y liso quede el escudo
Del duque de Normandía,
Ya que por su estrella impía,
Guardarlo de vos no pudo.

De dolor mal comprimido
Resonó murmurio infausto,
Y de púrpura y de azufre
Los semblantes se bañaron.
El Almirante impertérrito
Subió con desembarazo
Las cuatro gradas del trono,
Y le dijo al Soberano:

ALMIRANTE.

Os vuelvo el cetro, señor,
Y sabed que no ha perdido
El tiempo que lo he tenido,
Su gloria ni su esplendor.

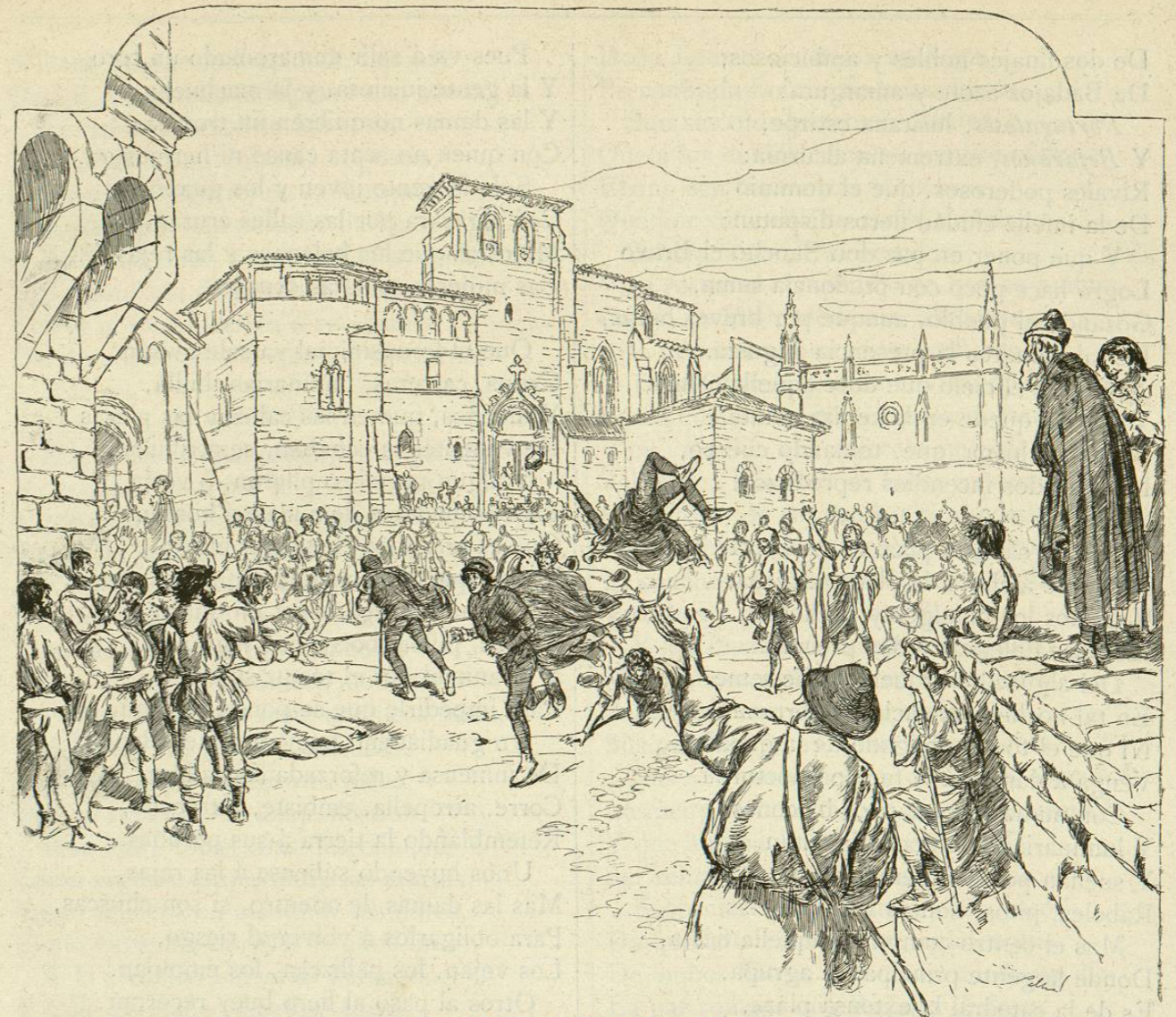
El Duque, irritado y fiero,
Dijo entre los cortesanos,
Que su padre no podia
Inferirle tal agravio.

Y:—*C'est mal donné!*—gritaba,
C'est mal donné! despechado,
Y oyéndolo el Almirante
Contestóle sin mirarlo:

ALMIRANTE.

Para que más satisfecho
Mi honor hoy pueda quedar,
Tambien quiero perpetuar
Ese imprudente despecho.
Y aunque el de *Aldana* acatado
En toda la tierra ha sido,
Desde hoy será el apellido
De mi estirpe MALDONADO.

Madrid, 1872.



LEYENDA TERCERA

EL ANIVERSARIO

A mi hijo Enrique

Ossa arida, audite verbum Domini.
EZECHIEL, prof.

I.—LA VELADA

Hundiéndose en los mares de Occidente
Tras de las lomas áridas y adustas,
Lindes de Lusitania y de Castilla,
Un sol de otoño, entre rosadas brumas,
Recortó con sus últimos destellos
Las altas frentes y erizadas puntas
De las torres y montes convecinos,
Que á Badajoz defienden y circundan.
Y en cuya catedral los sacros bronce,
Que en la region de las tormentas zumban,
Para el sol venidero le anunciaron
Festividad solemne y pompa augusta.
Las del aniversario de aquel dia
En que el séptimo Alfonso, de la furia
Y del poder triunfando sarraceno
Expugnó á Badajoz tras larga lucha.
Y en que purificando su mezquita
Del falso rito y prácticas inmundas,

Del Gólgota á la enseña triunfadora
Maldita se humilló la media luna.
De la insigne ciudad voto solemne
Aquel festejo popular, que aun dura,
Fundó de gratitud en homenaje,
Sin que dejara de cumplirlo nunca.
Y desde la conquista memoranda
Tendido habian al paso dos centurias,
Hasta el suceso grande y misterioso,
Que hoy quiere recordar mi humilde pluma.

Del alto campanario el gran rimbombe
De gozo la ciudad mísera inunda,
Que bien ha menester de regocijos
Despues de un año de dolor y angustias.
De un año de ansiedad y de miseria
En que la tuvo la enconada pugna